

Juan Manuel García Ramos

NARRATIVA CANARIA (+): OCHO AÑOS DE ACTIVIDAD

Es curioso: la potenciación (¿la aparición?), alrededor de la década de los setenta, de la novela canaria se basamenta en dos parcelas de la actividad literaria mayoritariamente repudiadas: **los premios** (el "Benito Pérez Armas" convocado, en su segunda fase, por la Caja General de Ahorros de Santa Cruz de Tenerife), y **la crítica universitaria** (Gregorio Salvador Caja: "Una novela en Canarias", conferencia pronunciada en el VI Curso de Estudios Canarios, en la Universidad de La Laguna, el once de diciembre de 1971, en la que se analizaba estructuralmente la novela **Guad**, de Alfonso García-Ramos, aparecida el mismo año).

Esto que no parecería razonable dentro de la literatura de hoy, es, hasta cierto punto, lógico dentro de nuestras incertidumbres culturales. Es decir, lógico que en un archipiélago tan descalcificado editorialmente, no resulte aún insulsa la presencia de vías tan abuelas como la de los certámenes. Natural, que en un desierto crítico (no hay órganos donde esa tarea pueda ejercerse con la dignidad que requiere), la actividad académica convoque una credibilidad tal que la haya hecho alcanzar objetivamente tan inédito.

Desde que ese hecho acaeció hasta hoy, unos ocho años de por medio, pareciera que las palabras con las que comenzara el doctor Salvador el mencionado trabajo:

"Siento defraudar, pues, a los que, basados en la ambigüedad del título, hayan podido pensar que iba a referirme a **la existencia de una novela canaria**, novela en su sentido colectivo, en su referencia al género literario que así llamamos"

parangonables, en su sentido menos intencionado quizá, a las del estudioso peruano Luis Alberto Sánchez —por seguir la admitida red de paralelismos fáciles con la novela hispanoamericana, en lo que respecta a su fortalecimiento después de los años sesenta—, cuando dio título a un libro aparecido en Lima hace ya cuarenta y cinco años: **América, novela sin novelistas**, fuesen necesitando ya cierta revisión. Similar a la autorectificación que se ejerciera precisamente el mismo Sánchez en uno de los capítulos de otra obra posterior. **Proceso y contenido de la novela hispanoamericana** (resignadamente, L.A. Sánchez, veinte años más tarde, intitulaba ese capítulo "América, novela con novelistas").

(+) Declino, en esta ocasión, hablar de la actividad cuentística en las islas.

En efecto, aunque quizá no con la contundencia de argumentos que manejaba el crítico peruano, lo que sí resulta evidente es que el tono desconsolado —e inteligente— con el que Gregorio Salvador Caja soslayaba hablar de la existencia de una **novela** —en sentido colectivo, como él mismo aclaraba— **en Canarias**, podría, desde la perspectiva actual, ser abandonado en buena parte.

Convengamos en afirmar que no hay un diapasón crítico que permita registrar la presencia de una (**nueva:** para responder al carácter de este número especial de Fables) novela, en ese sentido colectivo apuntado, en una zona como nuestras islas, como pueda hacerlo el tornasol ante la presencia de los ácidos, pero se den una serie de signos, externos a la obra en su mayoría, que invitan por lo menos a la reflexión.

VEINTICINCO NOVELAS (1)

- 1971 Alfonso García-Ramos (S. C. Tenerife, 1930. Obra publicada con anterioridad al año 71 *Teneyda* (novela) S.C. Tenerife, 1960).
Guad S. C. Tenerife, Ed. Nuestro Arte, 1971. (Premio B. Pérez Armas 1970).
 Víctor Ramírez (Las Palmas, 1944) *Cada cual arrastra su sombra* Las Palmas, Inventarios Provisionales, 1971.
- 1972 Juan Cruz Ruiz (Puerto de la Cruz, Tenerife, 1948). *Crónica de la nada hecha pedazos* S.C. Tenerife, Caja General de Ahorros 1972. (2.ª ed.: Madrid, Taller Ediciones J. B., 1973) (Premio Benito Pérez Armas 1971).
 Alberto Omar (S.C. Tenerife, 1943) *La canción del morrocoyo* S. C. Tenerife, Caja General de Ahorros, 1973 (2.ª ed.: Las Palmas, Inventarios Provisionales, 1973) (Premio Edición Benito Pérez Armas 1971 y Premio Galdós 1973).
- 1973 Luis Ortega Abraham (La Palma, (?) *Migajas* S. C. Tenerife, Caja General de Ahorros, 1973. (Premio Benito Pérez Armas 1972).
 Luis Alemany (Barcelona, 1944. *El indulto* (narración) Valladolid, 1964; *Tiempo muerto* (teatro) S. C. Tenerife, 1966).
 Luis Alemany *Los puercos de Circe*. Madrid, Taller Ediciones J. B., 1973.
 Rafael Arozarena Doblado (S. C. Tenerife, 1923. *Romancero canario* (poesía) S. C. Tenerife, 1946; *A la sombra de los cuervos* (poesía) S. C. Tenerife, 1947; *Alto crecen los cardos* (poesía) S. C. Tenerife, 1959; *Aprisa cantan los gallos* (poesía) S. C. Tenerife, 1964).
Mararía Barcelona, Noguer, 1973.
 Isaac de Vega (Granadilla, Tenerife, 1920. *Antes del amanecer* (novela) S.C. Tenerife, 1965; *Cuatro relatos* S. C. Tenerife, 1968).
Fetasa Las Palmas, Inventarios Provisionales, 1973. (1.ª ed.: S. C. Tenerife, Goya Ediciones, 1957).
 Emilio Sánchez-Ortiz (Madrid, 1933. *Escapar de este silencio* (poesía), 1966; *Abierta memoria dolorida* (poesía), 1966; *Cuentos*, 1959; *Un domingo a las cinco* (narración), 1964; *Las primeras horas* (narración) 1965; *Hoy como todos los días* (narración), 1966; *El vencido* (narración), 1967.
P. De M. A. 3S. Madrid, Taller Ediciones J.B., 1973.
- 1974 Fernando G. Delgado (S. C. Tenerife, 1947. *Urgente palabra* (poesía), S. C. Tenerife, 1969; *Con este amanecer hemos tornado* (poesía), 1970; *Misero templo* (poesía), S. C. Tenerife, 1972).
Tachero S. C. Tenerife, Caja General de Ahorros, 1974. (2.ª ed.: Madrid, Taller Ediciones J.B., 1974) (Premio Benito Pérez Armas 1973).
 Juan-Manuel García Ramos (La Laguna, Tenerife, 1949) *Bumerán* S. C. Tenerife, Caja General de Ahorros, 1974. (2ª ed.: Madrid, Taller Ediciones J. B., 1974) (Premio Edición Benito Pérez Armas 1973).
 J.J. Armas Marcelo (Las Palmas, 1946. *Monólogos* (narración), Las Palmas, 1970; *Scherzos pour Nathalie* (prosopoemas), Las Palmas, 1972).
El camaleón sobre la alfombra Barcelona, Plaza y Janés, 1974. (Premio Galdós 1975).

- 1975 Félix-Francisco Casanova (S. C. de La Palma, 1956 S. . Tenerife, 1976.) *El invernadero* (poesía), S. C. Tenerife, 1974).
El don de Vorace S. C. Tenerife, Caja General de Ahorros, 1975. (2ª ed.: Madrid, Taller Ediciones J. B., 1975) (Premio Benito Pérez Armas 1974).
 Pórfido Santos John (matrimonio literario compuesto por los poetas Carlos E. Pinto Trujillo y José-Carlos Cataño) *El exterminio de la luz* S. C. Tenerife, Caja General de Ahorros, 1975. (2ª ed.: Madrid, Taller de Ediciones J. B., 1975) (Premio Edición Benito Pérez Armas 1974).
 Luis León Barreto (Los Llanos de Aridane, La Palma, 1949. *Crónica de todos nosotros* (poesías), S. C. Tenerife, 1972) *Ulrike tiene una cita a las 8*, Madrid, Akal, 1975. (Premio Galdós 1977).
 Orlando Hernández (Agüimes, Gran Canaria, 1938. Teatro publicado en Las Palmas: *Como en un sueño*, 1960; *Tierra de cuervos*, 1966; *Llovió en lo sarbejales* 1968; *Pompeo y los hyppies*, 1971, Teatro publicado en Madrid: *La ventana*, 1972; *El encuentro*, 1974; *Zarandaja*, 1974; *Teo juega al tenis con las galaxias*, 1975. *Sancho* (narración) 1960, Las Palmas, *Claridad doliente* (poesía) Las Palmas, 1964).
Catalina Park Barcelona, Plaza y Janés, 1975. (2ª ed.: Idem).
 Pedro Perdomo Azopardo (Las Palmas, (?).
La vida golfa de don Quijote y Sancho Madrid, (Colección Bandama), 1975.
- 1976 J.J. Armas Marcelo *Estado de coma* Barcelona, Plaza y Janés, 1976. (2ª ed.: Barcelona, G.P., 1977).
 Elfidio Alonso (La Laguna, Tenerife, 1935 *Las Pascuas de Jesús Nazareno* (narración) S. C. Tenerife, 1960 (?).
Con los dedos en la boca Madrid, Taller Ediciones J.B., 1976.
- 1977 José-Luis Morales (Agüimes, Gran Canaria, 1944) *Sima Jinámar* Madrid, Ed. de la Torre 1977. (2ª ed.: Ibidem, 1977).
 Juan-Pedro Castañeda (El Hierro, 1945. *Poemas horrorosos* S.C. Tenerife, 1975; *Ohrrohhhrrr* (poesía) S. C. Tenerife, 1977).
La despedida S. C. Tenerife, Aula Cultura Cabildo, 1977.
 Isaac de Vega *Parhelios* Madrid, Taller Ediciones J.B., 1977.
 Orlando Hernández *Máscaras y tierra*, Barcelona, G.P., 1977.
- 1978 Esperanza Cifuentes (Madrid, 1943). *Buscando a B.* S. C. Tenerife, Caja General de Ahorros, 1978. (Premio Benito Pérez Armas 1977).

Con entidad de tales, del año setenta hasta el presente se han publicado más novelas de autores canarios —de nacimiento o adopción, como sería el caso de Emilio Sánchez-Ortiz, Luis Alemany y Esperanza Cifuentes— que en los cuarenta años anteriores a esa fecha. De acuerdo que la cantidad de textos no es sólo lo que funda una literatura (una narrativa en esta ocasión). Debe darse ese **espacio intelectual** del que tan insistentemente habla Paz, o esa estructura interior armónica entre las obras, con continuidad creadora, con afán de futuro, con vida real que responda a una necesidad de la sociedad en que funcionan, para decir lo mismo con menos concentración semántica a través de las palabras del crítico uruguayo Angel Rama.

¿Pero no responden en alguna medida esas novelas a las exigencias que postulan estos críticos; no exhiben —dejando al margen problemas de calidad estética— con sus formulaciones narrativas plurales un afán totalizador que contempla generosamente lo sugerido por Rama?

Desde el realismo neto, ceñido, de Alfonso García-Ramos, del que tanto hubiesen necesitado los más jóvenes con vocación experimental a la hora de las confrontaciones, a la hora de poder contar con algo a lo que reaccionar al menos, pasando por la sintaxis innovadora de Víctor Ra-

mírez (el Juan Jiménez de nuestra prosa) o la prosa pespuntística de Juan Cruz Ruiz, hasta el surrealismo recreado del desaparecido Casanova, se encuentran ejemplos múltiples de una escritura que se busca a sí misma y a través de la cual el artista parece congraciarse con el llamado del sutil Maurice Blanchot, en el sentido de estar dispuesto a sacrificar el cumplimiento de su obra por la verdad del movimiento que conduce a ella; ejemplo de lo cual sería el diseño radical de las creaciones de Sánchez-Ortiz.

Luego está la crítica. Nuestra tan desprovista crítica: de órganos serios de expresión con eco en las islas, no de talento. Salvador, desde la Universidad como dijimos, rompía lanzas en el setenta y uno en busca de un discernimiento. Luego el trabajo veterano de Pérez Minik y José Domingo, desde el periódico tinerfeño "El Día" o desde las mismas páginas de "Insula"; la fervorosa actividad de Jorge Rodríguez Padrón en periódicos y revistas locales (Fablas) y peninsulares —en "Camp de l'arpa" publicaba en el setenta y tres el primer informe sobre dicho fenómeno, preguntándose prioritariamente de la continuidad que gozaría—; ese mismo año del setenta y tres aparece además la balbuceante antología de Rafael Franquelo —**Aislada órbita**— en Inventarios Provisionales y tiene lugar el ciclo de conferencias sobre el tema, organizado en nuestra Universidad, por el, a la sazón, cuarto curso de Románicas, y alentado desde la sombra por otro estudioso del fenómeno, el profesor Sebastián de la Nuez. Por esos años también, registrar la labor de conferenciante del riguroso Ventura Doreste (que a buen seguro rubricaría aquella observación de T. S. Eliot: "...tengo fama de una precisión pedante —reputación que no quisiera perder—"), autor de **Ensayos Insulares** (S. C. Tenerife, Nuestro Arte, 1977), donde recoge algunos de los dedicados a la naciente narrativa; la aparición esporádica de consideraciones de poetas o críticos, como Lázaro Santana, Eugenio Padorno, Alfonso de Armas, José-Luis Gallardo..., y la impagable —en tantos sentidos— tarea de sanción crítica ejercida desde las páginas literarias de los diarios: por sobre las escasas y efímeras salidas, destacar "Tagoror Literario" del periódico El Día, de Santa Cruz de Tenerife, y "El Cronopio", de La Provincia, matutino de Las Palmas, dirigidas respectivamente por dos hombres pertenecientes a esa nueva generación —**voz utilizada no en el sentido que hizo circular la crítica alemana, de contemporaneidad de edad, formación y aparición a la escena creativa de unos autores, sino, elementalmente, atendiendo a su filiación como copartícipes en el alumbramiento de un fenómeno: esa narrativa de los setenta, de la que venimos hablando**— que surge: Juan Cruz Ruiz y J. J. Armas Marcelo.

Esto, que para cualquier comarca cultural media de la tierra, sería contabilidad menor, es, dentro de nuestros límites insulares, un capítulo importante de esa historia literaria por elaborar —capítulo que podrían iluminar, en principio, un libro de Jorge Rodríguez Padrón, que espera publicación en los sótanos del cabildo grancanario, después de merecer —compartido— el Premio Viera y Clavijo 1975, y una tesis en proceso de realización del licenciado y periodista José A. Quintana Déniz—.

En la posguerra, este período es de tanto alcance —dentro de nues-

tras letras, aclaremos— como los años en torno a la publicación (1947) de la **Antología cercada**, en Las Palmas, o los quince inquebrantables años durante los cuales apareció "Gaceta Semanal de las Artes", página del periódico tinerfeño La Tarde, que se empezó a publicar el veintiocho de octubre de 1954, y donde serían vecinos de columna hombres de tan dispar cronología como Domingo Pérez Minik, Rafael Arozarena y Luis Alemany.

CIERTA BASE EDITORIAL

La correspondencia en el plano editorial de los dos factores considerados como desencadenantes de esa atención favorable a la narrativa (el premio "Benito Pérez Armas"; el trabajo exegético del catedrático Gregorio Salvador Caja), se da a través de tres vías, cuya importancia puede deducirse de una proporción elemental: diecisiete de las veinticinco novelas aparecidas en estos últimos ocho años lo han sido a través de ellas.

Tales son: —La de las ediciones de la Caja General de Ahorros de Santa Cruz de Tenerife, después de reiniciar —como ya dijimos— en su segunda fase (por primera vez había sido convocado en 1955, siendo ganado, en esa ocasión, por Luis Gálvez Monreal con **La ciudad tiene otra cara**. Finalista fue **Las fuentes no descansan**, de uno de nuestros más atinados poetas, Pedro García Cabrera), la convocatoria del "Premio Benito Pérez Armas" en 1970 —**Cuad.**, de Alfonso García-Ramos, recomenzaría esta trayectoria—.

—La de Inventarios Provisionales, editorial grancanaria ya desaparecida que comienza su actividad, en este sentido —registremos **Cada cual arrastra su sombra**, de Víctor Ramírez, como su primera aportación en 1971—, por ese mismo año que empieza a fallarse el premio en Tenerife.

—La de Taller de Ediciones J. B., empresa canaria radicada en Madrid que a partir del setenta y tres —con **Crónica de la nada hecha pedazos**, de Juan Cruz Ruiz— contribuye decididamente a la aparición y rescate de nuevos títulos.

Si consideramos además que alguna de las ocho novelas que no deben su aparición a estas espitas, fue autoeditada y le restamos al hecho de publicación de las otras seis los motivos de casualidad feliz (pero casualidad al fin), mañas personales (tan decisivas a veces) o los de carácter comercial —sensacional— documental (en esta línea hablan, desde sus mismos títulos, las dos obras más vendidas —en Canarias y Península—: **Catalina Park** y **Sima Jinámar**), nada hay, desde el costado editorial, que nos permita hablar de un eco alcanzado en tal sector por este grupo de narradores. Y es que si en Canarias —con una economía de medios aleatoria: de las dos editoriales citadas, una naufragó en su infancia y la otra ha pedido, en algunas ocasiones con vehemencia, flotadores eficaces— surgió la curiosidad por este fenómeno literario —relevada desde hace algún tiempo por los políticos, sociales o meramente folklóricos—, en la península emerge una expectativa que nunca llegó a materializarse

en una plataforma de lanzamiento real. Queja ésta, por otra parte, fácilmente aplicable a fenómenos análogos surgidos en otras regiones y nacionalidades del Estado.

ATENCIÓN LECTORA

Dentro de un análisis de elementos periféricos al hecho literario, el correspondiente al de la **producción** (que contiene a su vez, los de gestación, edición y distribución) es el de **recepción**, fase que torna una superficie de signos en obra, al reinaugurar, cada lectura, un nuevo campo de significación —**estética**, aduciría Jan Mukarovsky por oposición a la **simbólica**, colectivamente establecida—, una distinta manera de “servirnos”.

De entre las posibilidades de **recepción** que ha encontrado nuestra narrativa, cabe hacer un distingo cardinal: un potencial público de habla española, restringido por las limitaciones de distribución de las editoriales que la han canalizado al área de la península; y un público esencialmente isleño.

En la primera de dichas posibilidades ha tropezado con innumerables desventajas: a) Como ya dijimos bajo otro epígrafe, no contar con editoriales adultas que garantizaran el proceso de producción en todas sus etapas con pareja eficacia. b) Rivalidad con autores, cuya trayectoria creativa ha sido más seguida y más coherente con la línea de la última etapa de la cultura española. Un ejemplo ilustrativo de ello es que, desde la postguerra hasta la inminencia de los setenta, no poseemos un nombre —siquiera menor— que ofrecer a los movimientos —el social, las tentativas esporádicas de los sesenta— que se generaron durante esa época, como sí podríamos hacerlo con algunos de nuestros poetas —Millares, Pedro Lezcano, Luis Feria, Manuel y Eugenio Padorno, Justo Jorge Padrón...—. c) Nuestra lejanía de los centros de promoción editorial —Madrid, Barcelona...—. d) La endeblez de nuestra cultura en general dentro del espinazo de la española...

Dentro de la órbita insular, anotar dos inexistencias: a) La de una sincronía en el desarrollo de ese género literario (la novela) y el de nuestra cultura, donde se suele hablar sobre supuestos aún no nutridos por la historia, la filosofía, o cualquier otra subdisciplina dependiente de éstas que ayudan a una sociedad a reconocerse. b) La ausencia de eventos (escuelas, generaciones consolidadas, revistas, escritores anteriores con proyección —sólo cierta generosidad local reconoce como antecedentes de esta nueva narrativa a Miguel Sarmiento, **Ángel Guerra**, Benito Pérez Armas, **Alonso Quesada**, Agustín Espinosa...—) en la tradición literaria insular. Lo que ha significado un mayor descaro en la apropiación de influencias externas, denunciadas con alarma por parte de los lectores más eruditos.

Todas estas incertidumbres preanuncian ya ese eco mendigo suscitado entre estos dos públicos —falsamente— diferenciados.

Sólo la eclosión de una curiosidad por la “esencia canaria” —la ca-

nariedad, como gusta denominarla, abrazando quizá la idea de su profético regreso— abre para la novela de las islas una posibilidad de ser más leída, de acceder a una mayor confrontación, pero con el peligro inocultable de serlo escuetamente como novela “canaria”, pecado mortal de folklorismo —parejo al de ansioso cosmopolitismo, tantas veces enemigo de la universalidad: escribir con calidad sobre que se conoce a fondo, como subrayó Eliot al hablar de la literatura norteamericana— en el que suele caer toda cultura temprana.

Pude observar en numerosas convocatorias a debate sobre la aparición de esta narrativa, a las que asistí durante estos últimos ocho años, que siempre se solicitaba para la novela tareas de la historia, el ensayo y el periodismo. Parecía, de forma general, negársele al escritor su capacidad fabuladora, su arte de imaginar a través —o a espaldas— de una experiencia real, susceptible de ser trasladada, convertida esquemáticamente radicalizada; buscando, en síntesis, la huida de concepciones esquemáticas y petrificadas, vulnerando la linealidad de pensamiento convencional, y penetrando nuevas aristas de la sensibilidad y el conocimiento —el nuevo “orden verbal”, del que ha hablado Cortázar—, a través de un texto donde las palabras persiguen originales relaciones de significación al conspirar contra toda absolutización semántica, toda urdimbre homologada. Punto neurálgico que acuerda con lucidez una frase del teórico-novelisto Philippe Sollers: “la escritura no es directamente un proceso de comunicación, sino un proceso que distribuye de otra manera el espacio donde se produce la significación”.

Quizá el partir de esta premisa —sobre todo por parte de los más jóvenes, mayoría en esta ocasión— haya sido, según se contemple, el mayor defecto y la mejor virtud de esta narrativa. Lo uno, desde el punto de vista de su, hasta ahora, menguado alcance; lo otro, desde ese criterio generalizado de no “bastardarse” por la mínima recompensa de una recepción primaria. Hay, en ficciones como **Crónica de la nada hecha pedazos** o **Cada cual arrastra su sombra**, un decidido predominio de la segunda de las vertientes receptoras que Valéry había advertido para las obras literarias en general en una particular diferenciación: entre, **aquellas que son como creadas por el público** —“del cual colman la expectativa”, precisará el estructuralista Gerard Genette—; y **aquellas que tienden a crear su público**. El lector de la mayoría de estas novelas está por forjarse, pero se prefiere esta actitud a la de haber buscado un eco complaciente que terminara guillotinando, desde el principio, el virtual destino de una escritura, movediza por innovadora. Ansiosa por alojarse en un “mythos” que la justifique.

CONTINUIDAD

No hay que recurrir al malabarismo intelectual para afirmar que el fenómeno cobra fisonomía, adquiere relieve. Y a pesar de todo lo expuesto, conviene dar fe de una continuidad, indudablemente enriquecida por una mayor profundidad y reflexión de los autores, y de una consecuente conquista de zonas más anchas de posible llegada, lo que parece

responder a ese afán de futuro que signa toda fortaleza creadora. Algunos datos saludan dicha apertura al tiempo y al espacio. Juan Cruz Ruiz ha entregado a editorial su tercera novela, **Un libro sobre una foto**; Alberto Omar tiene terminada, desde hace algunos años y esperando publicación, su segunda novela, **Quizá al cadalso**, y en parecidas circunstancias un libro de cuentos, **Diez cuentos escritos sobre papel**; Rafael Arozarena está a punto de terminar su segunda obra narrativa, **Cerveza de grano rojo** (título probable); Alfonso García-Ramos espera, a finales de año, entregar su tercera novela, **Tristeza sobre un caballo blanco**; en ese trance se encuentra también Fernando G. Delgado (segunda novela); Luis León Barreto verá publicada, quizá este mismo año, su novela **Memorial de A. D.**; Luis Ortega Abraham guarda parecida expectativa; J. J. Armas Marcelo trabaja en su tercera novela —**Calima**— sobre el affaire Eufemiano Fuentes... (1).

De otra parte, la desaparición de Inventarios Provisionales, se atenúa con la presencia de las corporaciones insulares de Gran Canaria y Tenerife, a través de sus aulas de cultura, con programas de publicaciones —lejanos aún de alcanzar la coherencia deseable, pero indudablemente abiertos a una reorientación—, la fundación de Edirca, empresa con pretensiones librerías regionales, la permanencia y desarrollo de premios como el "Benito Pérez Armas" y "Galdós" —en Santa Cruz de Tenerife se habla de la creación del "Agustín Espinosa"—, y la conquista paulatina, por parte de estos narradores, de otros goznes editoriales en la península.

Julio, 1978

(1) N. del E. Tanto *Memorial de A. D.* como *Calima* han sido ya publicadas.